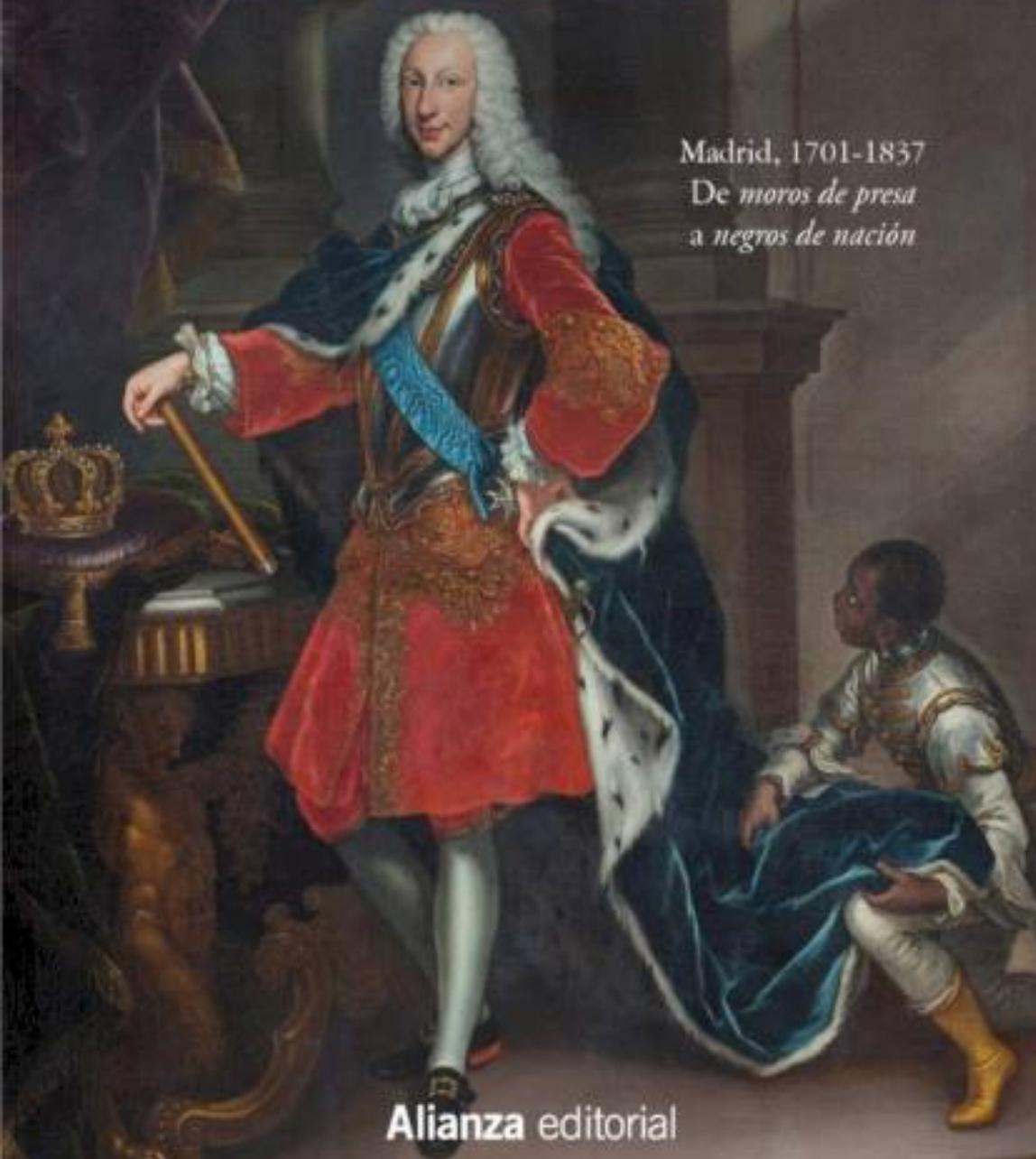


José Miguel López García

LA ESCLAVITUD A FINALES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Madrid, 1701-1837
*De moros de presa
a negros de nación*



Alianza editorial

JOSÉ MIGUEL LÓPEZ GARCÍA

LA ESCLAVITUD A FINALES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

MADRID, 1701-1837

*DE MOROS DE PRESA
A NEGROS DE NACIÓN*

Índice

INTRODUCCIÓN

CAP. 1. MIL AÑOS DE ESCLAVITUD

Los trabajadores esclavizados desde una perspectiva histórica

La esclavitud en una ciudad de la *Marca Media* en la época medieval

El apogeo de la mano de obra cautiva en la Villa y Corte durante los siglos XVI y XVII

CAP. 2. LAS PERSONAS ESCLAVIZADAS EN EL MADRID BORBÓNICO

Tan numerosos como invisibles: Madrid y sus esclavos

Las apariencias no engañan: sexo, edad, naturaleza y marcas corporales

¿Quiénes podían tener esclavos en Madrid? Perfil social de los amos

Las actividades laborales de las *herramientas parlantes*

CAP. 3. EL MERCADO DE ESCLAVOS EN EL MADRID ABSOLUTISTA

Las mercancías humanas: origen y características

El mercado matritense: localización, clientes y precios

Las cesiones

El declive de la esclavitud a finales de la época moderna

CAP. 4. REBELDES CON CAUSA LAS RESISTENCIAS DE LOS ESCLAVIZADOS

Rebeldía y delincuencia: los esclavos *incorregibles*

Vidas ejemplares

La forja de un rebelde. Historia de Narciso Convento, ca. 1782-1802

A modo de conclusión

CAP. 5. EN POS DE LA LIBERTAD HORROS, COARTADOS Y CIMARRONES

La comunidad de libertos

Las cartas de ahorría por concesión graciosa

Comprando la libertad

Los cimarrones madrileños

Morir en Madrid

EPÍLOGO

FUENTES DOCUMENTALES

BIBLIOGRAFÍA

IMÁGENES DE LA ESCLAVITUD EN EL ANTIGUO RÉGIMEN

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

El 19 de octubre de 1765 se publicitaba en el *Diario de Avisos* de Madrid la venta de un *negro* de 20 años junto a un coche nuevo y un par de mulas. Para el anunciante no parecían existir grandes diferencias entre el vehículo (un objeto inanimado), las acémilas (unas herramientas semiparlantes) y el esclavizado (un *bozal* o herramienta dotada de voz): si acaso, que cada una de estas mercancías tenía un precio distinto. Como en su día señalara Orlando Patterson, este testimonio histórico alude a un ser humano condenado a *muerte social*, que carece de todos los derechos elementales, incluida la propiedad sobre sí mismo; se trata de un marginado, algo que también refleja la marca que en ocasiones lleva herrada en la cara: una S y una I (que, según Sebastián de Covarrubias, significan *Sine lure*) ¹.

La obra que el lector tiene en sus manos versa sobre un tema que sigue teniendo plena vigencia, pues según Naciones Unidas hoy en día aún existen más de cuarenta y cinco millones de seres humanos que sufren en sus carnes la lacra de la esclavitud, por no hablar de su siamés indeseable, que desde muy pronto la acompañó: el racismo. Como pronto percibiremos, no se trata de un problema que afectó a otros continentes o de algo exótico, ajeno a nuestra cultura. De hecho, en la Conferencia Mundial contra el Racismo, celebrada en Durban (República de Sudáfrica) en 2001 se condenaron la esclavitud y la trata de esclavos como crímenes de lesa humanidad; los países firmantes, entre ellos España, se comprometieron a reparar este agravio, resaltando los daños ocasionados por la esclavización y el comercio de seres humanos en sus libros de Historia; y a eliminar de los callejeros de sus principales ciudades los nom-

bres de quienes se enriquecieron con ella o se opusieron a su abolición.

No obstante, aunque el reino de España tuvo el dudoso honor de ser la cuarta potencia que más se benefició con la trata y explotación de esclavos en la época moderna, en cuyo decurso cerca de dos millones de seres humanos fueron vendidos en los puertos hispanoamericanos y peninsulares, nuestros libros de texto continúan sin reflejar la relevancia de este ominoso hecho en nuestro pasado, mientras que algunas vías públicas de las urbes más señeras, caso de Madrid o Barcelona, siguen llevando el nombre de sujetos que amasaron fortunas con la venta y el empleo de personas esclavizadas. ¿A qué se debe semejante desmemoria histórica? Si dejamos a un lado a quienes dan la llamada por respuesta, ya no es posible argumentar que estamos ante un fenómeno que únicamente afectó a las colonias europeas de ultramar, puesto que si bien es cierto que durante el periodo comprendido entre los siglos XVI al XIX la mano de obra cautiva tuvo especial relevancia en las haciendas, minas y obras públicas de los territorios del Nuevo Mundo, numerosas monografías se han encargado de demostrar la importancia que en dicho arco temporal tuvo también la esclavitud en Gran Bretaña, Francia y España, así como en las urbes más relevantes de nuestro país, caso de Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada o Cádiz, por aludir tan sólo a algunos ejemplos peninsulares significativos ² .

El asunto que nos ocupa tampoco ha sido estudiado de forma sistemática en el caso de Madrid, pese a que la capital de la *Monarquía Católica* era el centro neurálgico de uno de los imperios más relevantes del mundo atlántico. Tratando de cubrir esta laguna, en el presente trabajo analizaremos la esclavitud en la Villa y Corte entre 1701 y 1837, cuando la nueva dinastía borbónica fomentó decididamente el desarrollo de esta institución brutal y lucrativa, lo cual

hizo que la presencia de mano de obra cautiva fuera algo habitual en sus calles, plazas y palacios.

El periodo objeto de estudio arranca, por tanto, con la llegada de Felipe V, quien pronto se convirtió en el principal beneficiario del comercio de esclavos dentro de su imperio, y finaliza en el año en que las Cortes declararon ilegal la esclavitud en la península ibérica, Baleares y Canarias, aunque dicha institución continuara vigente en Cuba hasta 1886. Durante este largo periodo de tiempo se produjo asimismo otro cambio en los esclavizados capitalinos, que también se refleja en el subtítulo de este libro: poco a poco, el predominio de esclavos musulmanes provenientes del Magreb y del Imperio otomano, que eran capturados en la guerra sin cuartel declarada en el Mediterráneo contra el Islam, los llamados *moros de presa*, fue dando paso a otro en el cual sus efectivos procedían de las factorías del África occidental y de la América hispana, esto es, de los territorios atlánticos, a quienes las elites denominaban *negros de nación* ³.

Para explicar el problema que nos ocupa, hemos dividido la obra en cinco capítulos. El primero está destinado a mostrar que en Madrid la esclavitud duró cerca de mil años; en él se analizan cuestiones de carácter general, caso del papel que tuvo la mano de obra cautiva en las formaciones sociales preindustriales, desde aquellas en las que las elites tenían esclavos a las sociedades esencialmente esclavistas, para descender a renglón seguido a lo acontecido en una zona concreta de Europa occidental, la Marca Media hispana en la época medieval, cuando primero los musulmanes, fundadores de *Mayrit*, y posteriormente las oligarquías cristianas que dominaron el señorío urbano tras su conquista en el siglo XI, recurrieron al empleo de esta fuerza de trabajo embridada. Y culminar con el estudio de la primera etapa de esplendor de la esclavitud en nuestra ciudad durante la época barroca, cuando el número de personas es-

clavizadas se acrecentó hasta el punto de que las familias de los representantes de las elites urbanas hicieron ostentación de su poder integrando en sus nutridas servidumbres a numerosos esclavos.

El siguiente capítulo se centra ya en la historia de la esclavitud en el Madrid borbónico. Para ello se analizan los resultados que arroja una base de datos constituida por cerca de un millar de documentos procedentes de numerosos archivos, que reflejan algún aspecto concreto de la trayectoria vital de estos infelices. Tras hacerse una estimación de su número, pues en el Setecientos jamás que sepamos se realizó un censo de los esclavos que vivían en la capital, procedemos a estudiar sus características más importantes, como el sexo, la edad, el fenotipo y las marcas corporales, amén de la evolución de su procedencia geográfica. No menos relevante resulta el estudio sociológico de sus amos, que nos permitirá descubrir que en el Madrid de la Ilustración, desde los miembros de la familia real hasta los integrantes de las diferentes fracciones de la clase dominante, esto es, la aristocracia, la baja nobleza, la clerecía, la burocracia real o la alta oficialidad del ejército, todos tenían esclavos. La clave de su abultada presencia se encuentra en las actividades laborales que desempeñaban, donde junto al servicio doméstico vamos a encontrar artesanos, músicos, tenderos y hasta un arquitecto de las obras reales.

En tales circunstancias, Madrid albergaba un importante mercado de esclavos, asunto al que se dedica el capítulo 3. En él volvemos a repasar el origen y características de estas mercancías humanas, los sitios donde se practicaba abiertamente la compraventa de esclavos, desde las residencias particulares hasta ciertos espacios públicos, pasando por el mismísimo *Palacio Nuevo*. No menos relevante resulta ser la taxonomía social de sus clientes y los precios que pagaron, lo que volverá a permitirnos valorar qué esclavos eran los más apreciados y los cambios experimentados en su procedencia geográfica, cuestión que servirá para reforzar

el peso que tuvieron los *negros de nación* en las postrimerías del Antiguo Régimen: de ahí que tanto los esclavos favoritos de Carlos III como la famosa María de la Luz, perteneciente a la duquesa de Alba, tuvieran todos la piel negra. Este capítulo concluye con el análisis de otra de las vías de acceso a la posesión de esclavizados en la metrópoli precapitalista, como eran los regalos de seres humanos realizados por representantes de las oligarquías que medraban a la sombra del Estado absolutista, mediante los cuales reforzaban sus vínculos interpersonales y exhibían la jerarquización social imperante dentro de la ciudad cortesana.

Ahora bien: al igual que aconteció en el resto de los imperios del mundo atlántico durante la etapa que nos ocupa, la esclavitud de los seres humanos, basada en la coacción y el uso frecuente de castigos corporales, generó un sinfín de resistencias por parte de sus víctimas, que constituyen el núcleo del capítulo 4. En el mismo descubriremos a numerosos esclavizados que se enfrentan a sus amos, les faltan al respeto, les roban y sobre todo huyen, convirtiéndose en cimarrones; se trata de *delincuentes* a quienes los magistrados de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, principal institución real encargada del mantenimiento del orden público y la administración de justicia en la capital, denominan *esclavos incorregibles*. Merced al contenido de las causas criminales, es posible reconstruir las peripecias de estos infelices y —en particular— la biografía de Narciso Convento, natural de la Luisiana y adscrito a la familia de Miguel de Gálvez, cuyo proceso acabó convirtiéndose en una *causa célebre* que se conserva en la sección de Consejos Suprimidos del Archivo Histórico Nacional.

Y es que —como no podía ser de otra manera— los esclavizados madrileños ansiaban la libertad. Al análisis de las vías mediante las cuales estos podían obtenerla se dedica el último capítulo de este libro. En el mismo se describen las manumisiones por concesión graciosa del amo, desvelándose las razones que se escondían tras estas medidas

aparentemente altruistas; aquellas otras en las cuales el futuro liberto o algún familiar pagó un precio por su rescate, denominadas *coartaciones*, así como la precaria libertad que obtuvieron quienes protagonizaron huidas desesperadas, que en ocasiones llevaron a estos cimarrones lejos de Madrid, donde reinventaron sus vidas, mientras otras muchas acabaron frustradas por la intervención de la justicia y el ejército. El capítulo se cierra con un estudio de los registros de defunción de los esclavizados y libertos de una parroquia matritense desde comienzos del siglo XVIII a los inicios de la centuria siguiente, para volver a comprobar cómo ni tan siquiera la muerte sirvió para su liberación, pues la mayoría fueron enterrados como pobres, conforme a su condición de marginados, que incluso les perseguiría en el más allá.

Desde un punto de vista metodológico, y con objeto de organizar e interpretar satisfactoriamente la evidencia que suministran las fuentes documentales, era imprescindible utilizar un enfoque multidisciplinar. En primer lugar, recurrimos a las herramientas conceptuales de la *historia económica y social* para dar cuenta de esta peculiar forma de trabajo embridado y del peso que tenía en el mercado laboral, así como de los métodos utilizados para el mantenimiento de la esclavitud y, en particular, los mecanismos de exclusión e integración social a los que estaban sometidas sus víctimas o las modalidades de resistencia que éstas utilizaron, todo ello teniendo como marco de referencia la ciudad de Madrid en las postrimerías de la época moderna ⁴.

A la vez, la perspectiva *microhistórica* resultó de gran utilidad para profundizar en el objeto de estudio, a través del examen de la trayectoria vital de alguno de sus protagonistas; en este ámbito, si bien hubiera sido deseable disponer de narraciones autobiográficas, su ausencia nos llevó a utilizar fuentes *no intencionadas*, mediante las cuales pudimos

volver a escuchar la voz de estas gentes sin historia y reconstruir cómo fue su existencia ⁵.

Finalmente, los avatares biográficos de las personas esclavizadas que acabaron dando con sus huesos en la capital española tras atravesar el Mediterráneo o el Atlántico nos pusieron en contacto con la más reciente *historia global*, interesada en el estudio de los vínculos existentes entre las distintas masas continentales, cuya primera fase tuvo justamente lugar como consecuencia del *intercambio colombino*. No en vano, los esclavos que vivieron en el Madrid de finales del Antiguo Régimen participaron en la mayor migración forzada de la Historia, e incluso muchos, tras salir del África occidental, fueron trasladados a América y desde allí a la península ibérica, trayendo con ellos tanto su acervo cultural como sus diferentes modalidades de resistencia, de ahí que el enfoque de esta subdisciplina nos haya sido de utilidad para reconstruir y explicar la trayectoria vital de las gentes a las que está dedicado este estudio ⁶.

A lo largo de la presente investigación he contraído una deuda impagable con varias personas e instituciones, comenzando por el personal que a diario trabaja en los archivos y bibliotecas. A diferencia de quienes elaboran obras literarias, que experimentan la soledad del corredor de fondo mientras escriben en su torre de marfil, la actividad del historiador depende en buena medida del servicio que, de forma profesional y desinteresada, prestan los auxiliares y facultativos de los depósitos bibliográficos y documentales que debe consultar. Por este motivo, es de justicia expresar mi reconocimiento a los empleados del Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Palacio, el Archivo de Villa de Madrid, el Histórico Diocesano de la misma ciudad y la Biblioteca Nacional, que me han atendido diligentemente durante el desarrollo de esta indagación. En particular, me gustaría destacar la contribución de los trabajadores que prestan sus servicios en el Archivo Histórico de Protocolos

Notariales, que en la actualidad está ubicado en el Archivo Regional de la Comunidad Autónoma de Madrid, cuyo horario ininterrumpido de mañana y tarde, así como la atención y profesionalidad de sus auxiliares y facultativos compensan sobradamente la deficiente catalogación de las trescientas escribanías que tuvo la Villa y Corte en el Setecientos: ¡ojalá los grandes archivos nacionales prestasen un servicio de semejante calidad! Debo también mencionar al Archivo Naval de Cartagena, cuyo encargado de su Sección Histórica tuvo la amabilidad de remitirme por correo electrónico la reproducción de un documento de suma importancia, evitándome tener que ir personalmente a consultarlo. Por último, no puedo olvidar a la directora e integrantes del Servicio de Préstamo Interbibliotecario de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad Autónoma de Madrid: para alguien nacido en el siglo pasado y habituado a acudir en persona a las hemerotecas y bibliotecas para realizar su tarea, el recibir en su ordenador ficheros con artículos de revistas de difícil localización, o poder leer una tesis que se custodia en la Universidad de Tubinga en su propio centro de trabajo, constituyen facilidades impagables.

Como algún lector habrá pensado, esta obra trata sobre gentes sin historia, marginadas, que apenas han dejado testimonios directos de su existencia y cuyas huellas sobre retazos de su vida se encuentran en fuentes *inintencionadas*, como los registros parroquiales, la documentación notarial o los archivos criminales, judiciales y penitenciarios, que de ordinario no se han clasificado y suelen estar enterradas en voluminosos libros y legajos. Este hecho nos ha obligado a dedicar un tiempo considerable en la exhumación de dichos vestigios, forzándonos a realizar numerosas calas en distintas secciones de los archivos arriba mencionados. Por fortuna, en esta indagación he contado con la ayuda de numerosos amigos, que sabedores del empeño en que me había embarcado, fueron tan amables de entregarme cualquier referencia con la que se toparon en el de-

curso de su propio quehacer investigador; así lo hicieron varios compañeros que pertenecieron o aún forman parte del Equipo Madrid, como de Jesús Agua de la Roza, Ángel Alloza Aparicio, Alberto Castroviejo Salas, Jesús Espinosa Romero, Juan González Pañero, Mauro Hernández Benítez, Santos Madrazo Madrazo, Joan Antoni Mogort i Roig, Álvaro París Martín, Luís Miguel Pozo Rincón, José Luís de los Reyes Leoz y Fernando Vivo Macho, a quienes quisiera agradecer la información suministrada. Y entre todos estos *rancheadores* de documentos debo destacar a dos entrañables amigos que me brindaron unas doscientas referencias sobre niños, hombres y mujeres que vivieron y murieron siendo esclavos en el Madrid de los siglos XVIII y XIX : José Luís Herranz Elvira y José Antolín Nieto Sánchez.

Diversos apartados y cuestiones de la presente investigación han sido discutidos con diversos colegas en seminarios y simposios internacionales, pero también en espacios más informales de sociabilidad, en este caso académica, como son los bares y cafés. Todos ellos han enriquecido mis puntos de vista, al tiempo que me han suministrado valiosas referencias bibliográficas; entre estos acreedores de mi perpetua gratitud, quisiera destacar a James S. Amelang, Rafael Benítez Sánchez-Blanco, Christian De Vito, Carmen Fracchia, Aurelia Martín Casares, Rocío Periañez Gómez, José Antonio Piqueras, Manuel Martínez Martínez, María José del Río Barredo, Bruno Pomara Saverino, Rebecca J. Scott, Jacques Soubeyroux, Bernard Vincent y Jean-Arsène Yao. No menos relevante ha sido la aportación inmaterial de mi buen amigo y compañero de despacho Fernando Andrés Robres, quien me ha ayudado en el tratamiento estadístico de los datos, ha revisado el manuscrito y ha soportado estoicamente mis tormentosas relaciones con los medios informáticos, algo comprensible si tenemos en cuenta que pertenezco a una especie para la cual la herramienta tecnológica más sofisticada fue durante dos millones de años el hacha bifaz achelense. Igualmente impagables han sido la

meticulosa revisión científica y estilística del manuscrito realizada por Santos Madrazo, la asesoría técnica de mi viejo camarada Julián Gómez Beleña a la hora de arrostrar diferentes problemas estadísticos y la primorosa elaboración de los dos planos que contiene este libro, obra de Rafael Gili Ruiz y Fernando Medina Velasco, veteranos integrantes del Equipo Madrid de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Madrid, que también me han ayudado a localizar algunas ilustraciones. Por último, quisiera hacer constar que la presente obra ha contado con el soporte del Plan Nacional de I+D+i del MEC en dos proyectos consecutivos (HAR2014-53298-C2-2-P y PGC2018-094150-B-C22).

Madrid, junio de 2019

¹ Orlando PATTERSON (1982 y 1993). Las implicaciones sociales de esta llamativa marca facial en Alessandro STELLA (1996).

² Los ejemplos de Europa occidental, en Peter FRYER (1984), Érick NOËL (2006 y 2007) y José Antonio PIQUERAS (2012). Para el Imperio español contamos asimismo con obras de carácter global, como las realizadas por Herbert S. KLEIN (1986), Williams D. PHILLIPS Jr. (1990), José ANDRÉS- GALLEGO (2005) y Catherine COQUERY- VIDROVITCH y Éric MESNARD (2015).

³ Para los intelectuales de la España moderna, el concepto de *nación* servía para definir a un conjunto de personas que tenía un mismo origen étnico. Aunque según la antropología social por entonces en boga, todos los linajes del género humano descendían de Adán y Eva, los *guineanos* o africanos ocupaban el escalafón inferior en la jerarquía de las naciones que gobernaba su *católica majestad*, un planteamiento que se acrecentó conforme se fue estableciendo un nexo cada vez más fuerte entre los *negros* y la esclavitud, razón por la cual jamás fueron considerados como miembros de la *República de los españoles*. Este prejuicio racista se mantuvo hasta el siglo XIX; de hecho, las Cortes de Cádiz ni tan siquiera concedieron a los libertos de color la condición de ciudadanos españoles. Antonio FEROS (2019), pp. 17-76, 206-229 y 284.

⁴ Chris HARMAN (2013), pp. 236-246, Yann MOULIER- BOUTANG (2006), HUGH THOMAS (1998), Kenneth MORGAN (2017), Eric WILLIAMS (2011), Peter LINEBAUGH y Marcus REDIKER (2005) y Marcus REDIKER (2007). Las modalidades de resistencia, en James C. SCOTT (2003), Javier LAVIÑA y José Luis RUIZ- PEINADO (2006). El caso español, en Alberto MARCOS MARTÍN (2000), pp. 257-318, y el madrileño, en José Miguel LÓPEZ GARCÍA , dir. (1998) y José Antolín NIETO SÁNCHEZ (2006).

⁵ Los fundamentos del análisis microhistórico y su aplicación en dos casos concretos pueden encontrarse en Carlo GINZBURG (1986) y Giovanni LEVI (1990). Una reflexión reciente sobre la utilidad de este método, en Tomás A. MANTECÓN MOVELLÁN (2015). La relevancia de las autobiografías populares, en James S. AMELANG (2003); el caso de las escritas por esclavizados, en ÍDEM (2014). Por último, un magnífico exponente de la utilidad de las fuentes inintencionadas para reconstruir las vidas de estos trabajadores cautivos, en Alessandro STELLA (2000).

⁶ Véase Robert B. MARKS (2007), Peter N. STEARNS (2012), Sebastián CONRAD (2017) y Serge GRUZINSKI (2018). La unificación biológica del planeta acaecida tras la llegada de los europeos a América, en Alfred W. CROSBY (2003). Recientemente, Christian G. DE VITO (2015) ha propuesto enlazar la metodología de la historia global y la microhistoria a través del estudio de los vínculos que se establecen entre distintas regiones del planeta, perfectamente reflejados en las biografías de los esclavos y los trabajadores forzados que se desplazaron a ambas orillas del Atlántico en los siglos XVIII y XIX , lo que el autor denomina *Historia microespacial* , planteamiento que también hemos recogido en el presente trabajo.